

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



*Federico Camino Macedo*

*Profesor emérito del Departamento*

*Académico de Humanidades*

Cuadernos del Archivo de la Universidad **53**

Lima, 2010

## *Cuadernos del Archivo de la Universidad*

### Comité editorial

Presidente: José Agustín de la Puente Candamo  
Miembros: Juan Carlos Crespo López de Castilla  
René Ortiz Caballero  
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

Beatriz Montoya Valenzuela  
Archivera de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Federico Camino Macedo: Profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades*

. -- Lima: PUCP, 2010.

p. 44 : il. ; 20 cm. -- (Cuadernos del Archivo de la Universidad; 53)

© Pontificia Universidad Católica del Perú – Archivo de la Universidad, 2010.

Av. Universitaria 1801, Lima 32

Teléfono: (511) 626 2000 anexo 3713

Telefax: (511) 626 2857

E-mail: [archivo@pucp.edu.pe](mailto:archivo@pucp.edu.pe)

Dirección URL: <http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14302



A handwritten signature in black ink, reading "Camino" in a cursive script. The signature is followed by a long horizontal line that ends in a small hook.

*Doctor FEDERICO CAMINO MACEDO*  
*Profesor emérito*  
*Departamento Académico de Humanidades*  
25 de marzo de 2010  
(Foto por Franz Krajnik)



## *Presentación*

La nueva jefa del Archivo de la Universidad, Beatriz Montoya Valenzuela, siguiendo la tradición de nuestro querido amigo y Archivero de la Universidad por muchos años, César Gutiérrez Muñoz, me ha invitado a hacer la presentación de los documentos presentados en la ceremonia en la que la Universidad Católica otorgó el grado de Profesor *emérito* al doctor Federico Camino Macedo, profesor de la Sección de Filosofía del Departamento de Humanidades. En esta invitación está involucrado nuestro querido Federico, cuya generosidad agradezco.

Es difícil presentar a quien ha sido y es a la vez maestro, colega y, sobre todo, gran amigo. Además de la filosofía, hemos compartido muchas cosas a lo largo de varias décadas, muchas alegrías, muchas experiencias y también dolores y pérdidas de seres queridos. Y nos hemos acompañado y apoyado. Si hay algo que permite identificar a Federico Camino, nuestro querido Fico, es el valor enorme que le otorga a la amistad.

Cuando comencé a estudiar filosofía, en la primera mitad de la década de los setenta, regresaba al Perú un profesor muy serio, con terno oscuro y corbata, que traía sus clases escritas con gran minuciosidad, a mano, con pluma por supuesto y se sentaba a leer y nos atormentaba con bibliografía en cualquier idioma imaginable. Llenaba la pizarra con nombres que nunca habíamos escuchado

y en idiomas que muchos no conocíamos. Nunca voy a olvidar la primera vez que traté de escribir en el cuaderno el nombre de Ulrich von Wilamovitz-Moellendorf.

Tenía el claro propósito de enseñarnos que el rigor textual, los idiomas, la historia de la filosofía, eran los únicos medios serios de aproximarse a esta peculiar disciplina. Aprender a citar las fuentes, a leer en los idiomas originales los textos clásicos, es algo que nunca se cansó de reiterar, en clases, en exámenes, en monografías y en las conversaciones en el patio o el café. Era serio en la enseñanza y en el rigor del estudio filosófico, pero con un fino y extraordinario sentido del humor y de la ironía, que lo hacían distinto de cualquier profesor o profesora que hubiésemos tenido. Nos enseñó también lo sano que es reírse de todo y sobre todo de uno mismo, pero nunca del dolor ajeno o de la pobreza de algún ser humano. La sana ironía no es lo mismo que el desapegado cinismo; esto nos lo enseñó también con el ejemplo.

Un recuerdo aparte merece el sufrimiento de nosotros, entonces sus alumnos, cuando había que hacer monografías para aprobar sus cursos. No sólo queríamos leer todo, sino que sabíamos que el profesor Camino tenía todos los libros que citábamos y que se encargaba de cotejar cita por cita, texto por texto, para cerciorarse de que no olvidáramos mencionar alguna fuente. En esos primeros años de su docencia, sacarse buenas notas con él nos costaba esfuerzos desmedidos.

Mención particular merece el tema de las tesis de Bachillerato. Sí, pues, ese que ahora gracias a un nefasto gobernante es automático, en nuestros tiempos de estudiante se obtenía con una tesis. Doscientas o trescientas páginas no extrañaban a nadie. Ni tampoco que en universidades de Europa las convalidaran como tesis de Maestría. Pero allí estaba siempre Camino, diciendo las lecturas en el idioma original, por favor. Para Descartes, latín y francés. Hegel y Marx

alemán o nada. Y del griego ni se diga. Fue mi asesor de tesis, sobre un filósofo contemporáneo que escribía en francés y estaba traducido al español. Pero tuve que aprender francés para leer en el idioma original, no había otro modo. ¡Y eso sólo para un Bachillerato!

Maestro le dicen hoy los alumnos, que ya son nuestros alumnos. Profesores hay muchos, dicen, maestros pocos. Federico Camino es considerado por varias generaciones de alumnos uno de ellos. Era curiosa la mezcla de seriedad y erudición con el buen humor. Con la misma solemnidad que empleaba para explicarnos los fragmentos de los presocráticos, llenando la pizarra de griego, nos decía que la forma excelsa de la metafísica era el bolero y que el mejor bolero era el que se bailaba en una loseta.

Ya de regreso muchos de nosotros, de hacer estudios fuera, y ya como colegas y amigos, comenzaron las difíciles y complejas discusiones sobre la pertinencia de tener una revista de filosofía propia, de organizar congresos o coloquios, e incluso de llamarnos filósofos, a lo que Federico se oponía. Siempre somos aprendices de filosofía nos decía; filósofos son Platón, Aristóteles, Hegel, Heidegger. Debo decir que Camino se mostraba escéptico y desconfiado con una revista propia, pero así nació *Areté*, nuestra hoy muy prestigiosa revista de Filosofía, en cuyo Comité Editorial hoy día participa con gran entusiasmo.

En lo muy personal, jamás podré olvidar las carcajadas que resonaban en los pasillos del Instituto Nacional de Enfermedades Neoplásicas, cuando visitaba a Raúl o a Cecilia, su esposa, y hacía del dolor capacidad de broma y risa, con la más radical de las solidaridades y el más profundo de los afectos. Y su propia fortaleza para recuperarse en épocas de enfermedad y decaimiento.

En honor al maestro, terminaré con una cita. Dice Hannah Arendt, veinte años después de su reencuentro con Heidegger, filósofo por el que Fico siente gran respeto y aprecio y cuyos seminarios frecuentó en Alemania, *La sabiduría es una virtud de la edad avanzada y parece*

*alcanzar sólo a los que de jóvenes no fueron ni sabios ni prudentes. Creo que mi gran amigo Federico Camino se reconocerá en ella. Como muchos de nosotros. Y para continuar en su honor diré que el texto es del ensayo sobre Isak Dinensen en el libro *Men in Dark Times* (San Diego, New York, London: a Harvest Book, Harcourt Brace & Company, 1968, p. 109).*

¿Viste qué bien aprendí a citar, querido Fico?

A handwritten signature in black ink, reading "Pepi Patrón Costa". The signature is stylized, with the first name "Pepi" written in a cursive script and the last name "Patrón" written in a more formal, slightly larger font. The signature is positioned above the printed name.

Pepi Patrón Costa  
Vicerrectora de Investigación



# PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

## CONSEJO UNIVERSITARIO

### RESOLUCIÓN DE CONSEJO UNIVERSITARIO N.º 069/2009

#### EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Vista la propuesta de nombrar profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú al doctor Federico Camino Macedo, presentada por la Jefa del Departamento Académico de Humanidades;

#### CONSIDERANDO:

Que el doctor Federico Camino ha cesado en el cargo de profesor principal del Departamento Académico de Humanidades a partir del 1 de agosto del 2007;

Que el doctor Camino ha llevado a cabo una larga y meritoria labor de docencia universitaria como profesor del Departamento Académico de Humanidades de esta casa de estudios, a través de la cual su inquieta vocación pedagógica ha sido patentemente fecunda en la formación de numerosas promociones de estudiantes de filosofía, de las cuales se ha consolidado la actual plana docente de dicha disciplina en nuestros claustros;

Que la labor docente del doctor Camino se ha convertido en un referente ejemplar y significativo de las mejores virtudes académicas entre sus colegas y alumnos, en razón de su vasta erudición, su vigilante rigor en el manejo bibliográfico y su rica, vivaz y persuasiva capacidad oratoria;

Que, asimismo, el doctor Camino ha venido realizado una importante actividad de animación de los estudios filosóficos en la Universidad a través del desempeño de los cargos de Coordinador de la Especialidad de Filosofía de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas y Coordinador de la Sección Filosofía del Departamento Académico de Humanidades, y, en la actualidad, a través de sus labores como miembro del Comité Editorial de la revista de filosofía *Areté* y del Centro de Estudios Filosóficos del Departamento Académico de Humanidades;

Que, por otra parte, el doctor Camino ha impulsado el desarrollo de los estudios de la filosofía en el Perú a través de sus trabajos de investigación dedicados, en particular, a la relación entre la fenomenología y la hermenéutica, los orígenes de la fenomenología en la filosofía clásica griega y el pensamiento de importantes filósofos, como Aristóteles, René Descartes, Baruch Spinoza, Immanuel Kant, Martin Heidegger, Edmund Husserl y Maurice Merleau-Ponty;

En conformidad con lo dispuesto en el artículo 9.º del Reglamento de personal docente y en uso de las atribuciones que le confiere el inciso f) del artículo 79.º del Estatuto de la Universidad,

RESUELVE:

Nombrar profesor emérito del Departamento Académico de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú al doctor Federico Camino Macedo, en reconocimiento de su ejemplar dedicación a la docencia universitaria en el campo de la filosofía y de su relevante contribución al progreso académico e institucional de nuestra casa de estudios.

Regístrese, comuníquese y archívese.

Lima, 27 de mayo del 2009



RENÉ ORTIZ CABALLERO  
Secretario General



LUIS GUZMÁN BARRÓN SOBREVILLA  
Rector

## *Federico Camino: un filósofo en el aislamiento*

*Miguel Giusti Hundskopf*

Me corresponde decir unas pocas palabras como Jefe del Departamento de Humanidades en homenaje a Federico Camino Macedo, profesor de este departamento por muchos años y, desde hoy, Profesor *emérito* de nuestra Universidad. Y no puedo dejar de advertir, aunque sea un secreto a voces, que mis palabras son además las de quien, en todos estos años, ha tenido la fortuna de ser alumno, colega y amigo de Federico Camino. Le rindo, pues, un homenaje como miembro del Departamento y como profesor y colega de la Sección de Filosofía.

Es un homenaje no solo al profesor sino también al filósofo Federico Camino. Permítanme que entre así, sin anestesia, a un terreno pantanoso. ¿Existe acaso un prototipo o un paradigma del filósofo que nos permita identificar sin problemas a quienes practican esta actividad? ¿A quién y por qué llamamos un “filósofo”? Este es un asunto muy interesante y sobre el que, me parece, no se ha reflexionado lo suficiente en la historia de la filosofía. Prototipos de la actividad, del oficio del filósofo. En la historia podemos identificar no uno sino muchos modelos, y el del profesor universitario no es de ningún modo el más representativo. Hay, por supuesto, el filósofo profesor universitario, como Kant o Husserl o Habermas, pero hay también el filósofo enemigo de la institución universitaria, como Nietzsche o Schopenhauer. Hay el filósofo público o político, como Francis Bacon o acaso el mismo Platón, pero también el filósofo solitario y retirado, como Spinoza o Descartes. Hay el filósofo cortesano como Leibniz o Voltaire y el filósofo contestatario como Marx o Wittgenstein. Por cierto también el filósofo Rector de Universidad, como Fichte, Hegel, Heidegger o Salomón Lerner. Y hay muchos otros modelos que hacen difícil encontrar un denominador común, una etiqueta clara para el oficio, un criterio de demarcación unívoco y unánime.

La cosa se hace más problemática aun si pensamos en las tradiciones y en la geografía. ¿Quién o quiénes, por ejemplo, pueden llamarse filósofos en el Perú? Por lo pronto, hay que darle la razón a quien dijera alguna vez que el Perú, en relación con la filosofía, es “un olmo que da peras”. Esta no es tierra de filósofos, qué duda cabe. Pero los hay. Y Federico Camino es uno de ellos. Es una pera del olmo. No se crea, sin embargo que esto es o ha sido tan evidente para todos. Recuerdo los años en que muchos de los actuales profesores de la Sección de Filosofía del Departamento volvíamos de estudiar en el extranjero. En aquel entonces, había una presencia pública de cierto tipo de filósofos peruanos que con sorprendente y divertido aplomo definían la filosofía, le asignaban tareas y clasificaban a los filósofos del Perú, y allí los filósofos de la Católica, entre ellos precisamente Federico Camino, eran denostados como personajes vetustos, “ágrafos”, recludos supuestamente en una campana de cristal. Se les desautorizaba por no buscar las luces de la publicidad ni participar en los debates mediáticos, mejor dicho, por no sumarse al coro que aquellos autores habían escenificado en su propio provecho... Qué vanidad. Qué ilusión. Qué poca conciencia histórica sobre la práctica de la filosofía, que, como sabemos, no está asociada a un oficio particular ni vinculada a los éxitos o a los vaivenes de la opinión pública. Muchas veces ha sido y sigue siendo al revés: mientras más conocido un personaje, menos sería ha sido su presencia o su relevancia filosófica.

Federico Camino es un filósofo que ha rehuido siempre la luz pública. A mi se me ocurre –y lo he expresado ya alguna vez– que en eso él se halla en buena compañía en la historia de la filosofía y que se le podría asociar a un gran filósofo de la tradición, sobre el que él es un gran especialista, a René Descartes. Lo que quiero decir es que, conociendo la personalidad y la trayectoria de Federico Camino, podría afirmarse que él ha querido hacer suya la divisa que el filósofo Descartes, autor con quien tiene mucha familiaridad, anunció que serviría como guía en su vida: *bene, vixit, bene qui latuit (habrá vivido bien, quien haya sabido ocultarse)*.

Se trata de un verso de Ovidio<sup>1</sup>, al que Descartes se refiere considerándolo una divisa de su vida, en una carta al Padre Mersenne, de abril de 1634, escrita desde Ámsterdam. Es una carta famosa, porque Descartes la escribe al enterarse de que Galileo ha sido condenado por la Inquisición, y en la que, sintiéndose defraudado por la necedad y la frivolidad de toda la situación, cree que es más saludable, y más inteligente, retirarse a vivir en soledad. Para vivir bien, como dice Ovidio, es mejor saber ocultarse. Hacia el final de su vida, en una carta a Chanut, el embajador de Francia en Suecia que lo puso en contacto con la reina Cristina, Descartes vuelve a mencionar una “divisa” que le habría servido, nos dice, para orientarse en la vida. Esta vez los versos son de Séneca, pero apuntan en la misma dirección: “*Illi mors gravis incubat / Qui, notus nimis omnibus / Ignotus moritur sibi*” (“Una muerte funesta espera / A quien, demasiado conocido por los demás / Muere desconocido de sí mismo”)<sup>2</sup>. Por esa razón, añade Descartes en aquella carta, “creo que lo mejor es no estudiar más que para instruirme y sólo comunicar mis pensamientos en conversaciones privadas”<sup>3</sup>.

Algo así ocurre con Federico Camino. Las divisas de su vida parecen cercanas a las de Descartes, y por eso es tan reacio a los requerimientos de la luz pública y a las apariencias engañosas de la fama. De él sabemos, precisamente, poco, aunque no poco relevante: que ha dedicado muchos años al estudio de la filosofía y toda su vida a practicarla, que conoce muy bien el griego y el latín, que pasó un tiempo largo en Francia estudiando y trabajando con Jean Beaufret, que conoció personalmente a Heidegger y asistió a algunos de sus seminarios, que tiene una pasión por el cine y la literatura, que es muy buen conocedor de la historia de la filosofía y que se ha interesado especialmente por la obra de algunos filósofos de la tradición, sobre los que continuamente dicta cursos y seminarios, como Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza o Heidegger.

<sup>1</sup> OVIDIO, *Tristes*, III, IV, 25. Cf. carta a Mersenne de abril de 1634, em: ADAM, Charles & TANNERY, Paul, *Oeuvres de Descartes*, París: Vrin, 1974ss, vol. I, pp. 284-291. Nietzsche recuerda que esta frase se hallaba inscrita en la lápida de la tumba de Descartes.

<sup>2</sup> ADAM/TANNERY, o.c., tomo X, p. 601ss: carta a Chanut del 1 de noviembre de 1646.

<sup>3</sup> ADAM/TANNERY, o.c., tomo X, p. 601.

Además, habiendo él decidido, como Descartes, comunicar sus pensamientos, metafóricamente hablando, solo en conversaciones privadas y habiéndose trazado la divisa de vivir en el ocultamiento, quienes hemos podido disfrutar más de su sabiduría hemos sido precisamente quienes hemos tenido la suerte de ser sus alumnos y sus colegas. Es, pues, natural que el Departamento al que él ha pertenecido y la Universidad que se ha visto honrada con su presencia como filósofo durante casi cuarenta años le rindan hoy un homenaje académico, un homenaje que es casi un agradecimiento interesado, un modo de hacerle saber que deseamos retenerlo como profesor para toda la vida.

## *Al Maestro, al Amigo*

Salomón Lerner Febres

Querido Fico:

El tiempo y los múltiples azares se han aliado, o más bien, han conspirado para que me corresponda el privilegio de pronunciar estas palabras en la ceremonia en la que recibes el profesorado *emérito* de nuestra Universidad. Tan grato encargo, debo decirlo, pareciera ponerme frente a un problema y él consiste en que no sé a ciencia cierta si quien ahora debe hablar es el colega, el amigo o el Rector *emérito*. Ahora bien, los que hemos moldeado nuestras vidas en el terreno académico –y ello de modo más acentuado si nos hemos dedicado a la Filosofía– muchas veces solemos entrever dificultades donde en verdad no las hay. Más aun, diría que por obra y gracia de nuestra vocación, en ocasiones imaginamos aporías para sentirnos mejor en nuestra propia piel; así pues, y a pesar de que gustemos de la perplejidad, debo reconocer que esta es una circunstancia en la que –parodiando un poco a Heidegger– tengo que afirmar que lo que “se halla puesto en cuestión” resulta ser en verdad sólo un espejismo, pues si no ocurriera eso, nos hallaríamos reconociendo diferencias insalvables o arrinconando en compartimentos-estanco asuntos que, tratándose de nosotros, no son en modo alguno excluyentes.

Así pues, hablaré como antiguo rector de esta Casa de Estudios, como agradecido beneficiario de tu generosa e intensa amistad y como cotidiano compañero de afanes en un trabajo en el que has ganado, de todos, un gran cariño y una muy merecida reputación de maestro. Digo *maestro*, y lo hago con la clarísima conciencia de que no estoy abusando del término ni lo estoy asumiendo como gastado estereotipo, sino mas bien señalando a través de él, y de manera muy especial, ese tono generoso y amical que es propio de personalidades como la tuya; en suma, uso esa palabra para resaltar el significado que nos remite a quienes, como tu, ofrecen con su sola existencia lecciones valiosas e inolvidables.

Personalmente no tuve la ventura, si cabe la aclaración, de que fueras mi profesor, de que “me enseñaras”, como acostumbran decir los estudiantes; y sin embargo, en un sentido mucho más profundo y pleno, he de reconocer que me has educado, como lo has hecho con tantos otros, y ello ha ocurrido a través del ejemplo que me has propuesto y que se expresa en la manera auténtica de asumir la vida intelectual: aceptando la inmensa responsabilidad de invitar –dentro y fuera de las aulas– a que con honestidad, diligencia y alegría se ame la Verdad a través del saber. Huelga decir que dicha entrega la has venido practicando de un modo permanente, a través de tus clases, en las conversaciones con tus alumnos y amigos, y con el ejemplo cotidiano.

Ese modo tuyo de enseñar lo descubrí desde muy temprano. Tengo aún nítida en la memoria la ocasión en que te vi por vez primera; se trataba de una noche fría, humedecida por la garúa invernal, en los inicios de la década del sesenta. Yo era un joven y temeroso cachimbo que, gracias a la amistad y la mediación de Luis Millones, fue a visitarte en el muy simpático departamento que en aquellos años ocupabas en la Avenida Arequipa. Recuerdo que nos recibiste vestido con una elegante “robe de chambre” y una sonrisa amical. Lucho me había advertido que eras una persona nada ordinaria y que, habiendo decidido continuar estudios en Europa, habías retornado –me imagino que en tus vacaciones– por breve tiempo al país. Evoco aún cómo, ante mi asombrada audiencia, relatabas tus experiencias universitarias y dentro de ellas la especial importancia que le otorgabas al trato con los libros. Mostrabas ya en ese entonces tu espíritu de investigador y la calidad de acucioso lector; prueba de ello fue la manera muy fina en que nos hiciste notar, con los textos pertinentes en la mano, cómo un conocido filósofo aquí en el Perú había publicado un libro en el que había copiado –sin complejos, sin culpa y obviamente sin citas– parte de la *Ontología* de Nicolai Hartmann. Hablé muy poco aquella noche, si es que llegué a decir algo; lo que sí quedó claro para mí luego de ese breve encuentro fue que, ciertamente no eras como los demás y que te habías ganado en buena lid el excelente concepto que se habían formado de tu persona aquellos que te conocían.

Años más tarde, la vida se encargó de volver a juntarnos y, ya como amigos y colegas en este campus de Pando, continué aprendiendo de tu persona: en las reuniones de trabajo, en nuestras casi cotidianas y amenas charlas “Chez Ramón”, en las mutuas visitas a nuestras casas en las que se cimentó también la amistad entre nuestras familias, y en las hasta hoy habituales salidas para disfrutar de una buena película y/o una buena cena. En todas esas oportunidades pude observar, al igual que tantas otras personas, esos gestos y actitudes tan propias de ti y que transparentan una personalidad sólida e íntegra, en la que el saber profundo y las ideas agudas se conjugan sin asperezas con las palabras provocadoras, las anécdotas bien contadas y el humor ingenioso, muchas veces corrosivo, que no se detiene hasta obtener del interlocutor una inevitable carcajada.

Alguien podría pensar que exagero al decir todo esto o que sólo estoy cumpliendo con el repertorio de elogios que suelen mencionarse en estas ceremonias. Sin embargo, basta conocerte un poco para saber que estoy siendo fiel a la realidad. Aquellos que te han frecuentado –porque fueron tus compañeros de estudio, tus alumnos o colegas– poseen, estoy seguro, una impresión muy similar a la mía. Y para corroborar esta afirmación, he traído –en clara actitud positivista, habría que decir– un conjunto de testimonios que, generosamente y en un hermoso gesto de complicidad, me han ofrecido algunos amigos comunes aquí presentes.

Comienzo entonces: “El aprecio que le tengo a Fico”, nos dice Luis Bacigalupo, “empezó con la admiración al profesor; pero fue conversando con el amigo que descubrí en él al maestro, al filósofo que sabe transmitir algo más valioso que sus lecciones de filosofía. Su celebrado sentido del humor y su exquisita sensibilidad para el trato personal son para mí dos hermosos regalos de su amistad, que le agradezco de corazón”.

Pablo Quintanilla, por su parte, expresa una admiración no menor y rememora así su primera clase contigo: “Al sentarme para escuchar la primera clase del curso de *Historia de la Filosofía Antigua*, recuerdo haber tenido frente a mí a un erudito que manejaba un volumen de información que jamás había pensado que cupiera en un solo

cerebro. El despliegue de bibliografía, datos, relaciones, ideas, argumentos y hasta anécdotas hizo que mi primer contacto con la especialidad fuera una mezcla de fascinación, admiración, deleite intelectual, respeto y mucha curiosidad. Todos estos rasgos se conservan en mi actual relación con la filosofía, que es la actividad que me ocupa la mayor parte del tiempo, y estoy seguro de que en gran medida mantengo esas características gracias a la impronta que Fico dejó en mí. Estos rasgos marcan también, en algún sentido, la actitud que desde entonces tengo hacia él, solo que a ellos se añaden dos más, especialmente importantes: mucho afecto y agradecimiento”.

Esas clases tuyas, tan singulares, tan sugerentes, en las que, como ya he mencionado en otra ocasión, obrabas como una especie de Oráculo de Delfos (colocándote en la maravillosa y peligrosa vecindad de Heráclito), incitaban a la reflexión y al pensamiento propios y no a la mera repetición, y es así como marcaron también, entre otros, a Adriana Añi, quien nos confía lo siguiente: “Las clases de Federico Camino eran una experiencia que uno no se podía perder. Siempre me gustaba escucharlo, era un placer hacerlo; una de las que especialmente me quedó grabada es cuando hizo un comentario sobre *Las Fresas Silvestres*, de Ingmar Bergman, pues siempre entre la filosofía y sus ironías salía a la luz algún comentario sobre cine, fascinante, sobre todo porque tocaba el aspecto trágico de la existencia con una ironía no amargada sino alegre, eso que nos hacía sentir a los alumnos cómplices en la filosofía y saber que estábamos bien donde estábamos”.

De una de esas sabrosas anécdotas que siempre han sazonado tus intervenciones nos habla con algo más de detalle Kathya Hanza. Ella rememora cómo, minuciosamente, saboreando las palabras, y mientras un grupo de profesores nos tomábamos un café donde Ramón, nos avisaste del hallazgo de un cadáver dentro del campus, cuando aún no existía el cerco perimétrico. Rematando la noticia con una frase contundente que contenía el lema que por aquella época tenía la Universidad, nos dijiste: “Puede que haya cumplido su sueño: ingresar a la universidad para toda la vida”. Como bien apunta Kathya, allí estabas tú retratado de cuerpo entero, “con ese

humor agudo que cerrando una imagen hace estallar la carcajada. Muerte y risa saturadas con la crítica corrosiva y melancólica de lo cotidiano: la triste noticia de un cadáver cubierto con nuestros eslóganes”.

Esa lucidez honesta y a veces ácida que a menudo mostrabas en las aulas, Fico, no sólo fue asombrosa y memorable; ha sido también generosa y ha fructificado en otros docentes que en cierta forma han seguido tus pasos, como Dante Dávila, quien pensando en esta reunión escribe lo siguiente: “Si tuviéramos que componer la historia de los filósofos ágrafos, tendríamos que empezar con Pitágoras y Sócrates, y terminar con Fico Camino. En una actividad tan exigente y ruidosa como la filosofía, donde se suele escribir más de lo que se comprende, ellos nos han enseñado lo importante que es pronunciar las palabras necesarias y cultivar el difícil arte de mantenerse ajeno al aplauso fácil; y nos han enseñado finalmente que la filosofía es una vida intensa que comienza con el entusiasmo, se planifica con el rigor, y se consume cuando se habla y se calla a tiempo. A Fico debemos agradecerle, además de todo eso, que nos haya brindado el milagro de su cercanía, la sabiduría invicta de su amistad”.

Al señalar tu proverbial ironía, podría pensarse que habita en ti cierta forma de cinismo o cierta incapacidad para poder acercarte o ponerte en la situación de los otros. Nada más lejos de tu persona, Fico, y por ello resulta especialmente significativo el testimonio que nos alcanza Cecilia Monteagudo. “El año 2001”, nos cuenta ella, “yo regresaba a Alemania después de catorce años, había recalado en la ciudad de Tübingen para una estadía de dos meses en el marco de mi investigación doctoral sobre el filósofo alemán Hans Georg Gadamer que Fico dirigía. Era una época difícil para él por problemas de salud que tuvo que atender, pero que no le impidieron acompañarme con el humor y la generosidad de siempre. Pues bien, en Alemania la fundación que me concedió la beca sólo pudo conseguir un cuarto en una residencia de señoritas con el nombre de Edith Stein Heim, filósofa judía asesinada por los nazis. Como es de suponer, yo desentonaba completamente con el lugar y vivía casi recluida en mi habitación, a la que llegaba después de

largas jornadas en la biblioteca de Filosofía de la Universidad de Tübingen. Un día que retornaba a mi juvenil alojamiento revise mi casillero postal a la espera de una comunicación del banco y encontré una carta de Fico. Escrita con su inconfundible pluma y letra, fue la sorpresa más hermosa que pude recibir, no sólo por el cariño y aliento que expresaba en ella, sino porque me di cuenta de que sólo alguien como Fico podía en plena era cibernética darse el lujo de escribir con el corazón y sin apuro. No había terminado de leer la carta cuando mis lágrimas empezaron a diluir la fina tinta con la que ésta estaba escrita. Abrumada contuve mi llanto”, concluye Cecilia, “y sentí la profunda nostalgia del maestro y amigo que Fico siempre sería para mí.”

Ciertamente estas son unas pocas, breves, pero muy ilustrativas muestras de la huella perdurable que has dejado entre colegas y alumnos, Fico. Y esa impronta no es producto de un día; se ha ido afirmando con tenacidad y constancia a lo largo de los años, a través de tu leal y fecunda permanencia en la Universidad, en la solidez de esa extraordinaria trayectoria que, trascendiendo la cátedra y los moldes preestablecidos, ha contribuido enormemente a fortalecer aquello que con orgullo y con justicia llamamos en la Católica nuestro espíritu y nuestra tradición.

A lo largo del tiempo, como lo han reflejado los testimonios valiosos de nuestros amigos, has sabido ser maestro en toda la extensión que el término implica. No solo has dictado clases o motivado reflexiones dentro del aula, sino que tu huella ha estado presente en la forma como transmites el conocimiento. Ya lo anotó Kathya en su testimonio: el humor ha sido, es, una cualidad inherente en ti, no para arrancar la carcajada intrascendente o para matizar alguna reunión entre amigos sino más bien para transmitir, con una pizca de acidez, conceptos e ideas y motivar el pensamiento crítico, pues tu sentido del humor se encuentra acompañado de un profundo conocimiento de la realidad y del ser humano, que lo hace trascender la risa fugaz. Es así como has podido llegar a tus alumnos de un modo más franco, más directo y más humano, como alguna vez lo hizo quien para nosotros es paradigma de sabiduría y virtud, ese personaje tan excéntrico que en la Atenas de hace ya

veintiséis siglos nos demostró que la ironía puede convertirse en excelente camino para descubrir lo verdadero.

A tus cualidades como docente se añaden otras que no puedo dejar de nombrar. Aunque tal vez esto sea una infidencia, he de decir que, tratándose de Fico, nos encontramos ante un excelente escritor que con un estilo depurado sabe narrarnos experiencias singulares. Son pocos los que conocen de esto, pues mucho de lo que ha escrito lo ha guardado para sí y hasta ahora sólo algunos han tenido el privilegio de leerlo. No es una razón menor la que explica el desconocimiento de esos textos: de una parte está la impresionante timidez de su autor –que trata a veces infructuosamente de ocultar– y de otro lado, su espíritu perfeccionista que no sé ya bien si merece alabanza o lamento. Sea como fuere, Fico, en nombre de quienes te hemos leído, expreso mi esperanza de que sean muchos más los que puedan gozar de tu pluma a través de alguna edición de lo que has producido, publicación que tu Universidad, sin duda, impulsará entusiasmada.

Y ya que me estoy refiriendo a rasgos inseparables aunque un tanto secretos de tu personalidad, debo entonces hablar de tu vocación de coleccionista. Las personas cercanas a ti sabemos de los lazos que te unen, entre otras cosas, a los lapiceros y a los libros. Conociéndote, creo que la explicación de lo que algunos llamarían hobby y otros manía se revela, en el fondo, como una forma de darle sentido a aquello que no pasa, como el cariño hacia los objetos que, finalmente, no son meramente tales sino valores que apreciamos; es tu manera –me imagino– de cumplir con el ejercicio de eso que Nietzsche llamaba el “espíritu de venganza” contra el tiempo y su pasar.

Esta fidelidad a las cosas impregnadas de cierta singularidad, así como tu amor a los animales (estoy pensando en Sherlock, ese pequeño can impetuoso y fiel que te acompañó durante tanto tiempo), son una muestra de tu apertura acogedora al mundo. Ello cobra, por supuesto, una dimensión mucho más elevada cuando se trata de las personas y, más aún, si ellas ocupan el centro de tus afectos. Evoco en estos momentos a Cecilia, tu compañera

desde épocas tempranas y que en su vida y con su muerte entregó una lección maravillosa de valentía y fe. Asimismo a Elena, tu hija, quien, siendo tan ella, denuncia sin embargo, en sus rasgos físicos y en su carácter y aficiones, la impronta de sus padres. Y al hablar de esto, no puedo dejar de mencionar que en tu persona se prolonga, de algún modo, la presencia de tus progenitores. Enrique Camino Brent es, lo sabemos, uno de nuestros grandes pintores; amó la belleza, amó a su país y lo anunció a través de sus hermosos cuadros. María Rosa Macedo, la querida *Coco*, se inscribe por sus propios méritos en la vida nacional; eximia novelista y persona comprometida con su patria, fue, en épocas en las que las mujeres no hallaban pleno reconocimiento, un ejemplo de ciudadana, de artista y de madre. Ellos son, Fico, tus padres: personas inmensas y que, en buena cuenta, explican cómo eres.

Ha transcurrido el tiempo (más de cincuenta años corren desde tu ingreso al local de la Central, en nuestra añorada Plaza Francia) y el día de hoy la Universidad te declara su profesor *emérito*. Lo hace a través de esta ceremonia en la que no celebramos simplemente el mecánico cumplimiento de los años que han debido pasar para ameritar tu jubilación, sino en que –y este es el sentido más profundo que debemos atribuirle a este acto– rendimos un muy justo homenaje y al mismo tiempo conferimos una señalada distinción a quien, como tú, con generosidad y pasión singulares ha hecho de su vida una continua y excepcional entrega al servicio de la búsqueda amorosa de la Verdad bajo la forma de una lección ininterrumpida, una lección que ha enriquecido no sólo a quienes tuvieron la fortuna de ser tus discípulos sino a toda nuestra comunidad universitaria.

Si al iniciar mi intervención planteaba un problema que en el fondo no era tal, quiero, ahora que finalizo, aceptar de alguna manera las distinciones que antes rechacé, y eso porque deseo de modo especial dirigirme a ti desde un terreno que resulta más íntimo y familiar: el de la amistad. Recuerda Cicerón en su célebre tratado sobre esta hermosa experiencia que, exceptuando la sabiduría, no existe un don más precioso que ella y que por lo mismo es justo preguntarse: “¿Qué vida merece vivirse si no descansa en la mutua benevolencia de la amistad? ¿Qué cosa más dulce que

tener con quién hablar de todo tan libremente como si lo hiciera consigo mismo?” Y avanzando también en esa dirección, Julio Ramón Ribeyro observa con agudeza –en una de las entradas de su diario– que un buen amigo no sólo es aquel que hace más llevadera nuestra existencia sino el que finalmente nos da una clave para poder entenderla, pues el amigo es, y cito: “dueño de una gaveta escondida de nuestro ser, de la cual sólo él tiene la llave”.

Fico:

Hago estas referencias no sólo para confesar cuán valioso e irremplazable es para mí el don de la amistad, sino también para ponderar en su exacta dimensión el significado que tiene esta ceremonia, en la que nos hemos reunido quienes, ante todo y por sobre todo, nos consideramos tus amigos; y es con la sinceridad que brota de este sentimiento que te digo que nadie cree –y tú tampoco lo haces– que estemos asistiendo a una despedida. Se trata más bien –¡y qué gran ocasión es la que hoy festejamos!– de manifestarte nuestra más honda y sincera gratitud. Sabemos que, con remozados bríos, vas a seguir siempre con nosotros dando nueva fuerza al viejo espíritu que anima a aquellos que se preguntan por el sentido último de las cosas.

Finalizo pidiéndote que asumas esta circunstancia como la manera en la cual nuestra Universidad, tu Universidad, te dice reconocida que te has alojado de un modo indeleble en su memoria y que por eso mismo ocupas un lugar de privilegio en ella; un lugar que –es casi innecesario decirlo– ya tenías ganado desde hace mucho tiempo en nuestros corazones, porque los años que nos has regalado y, con ellos, todo lo mucho y bueno que nos has enseñado, forman ya parte indesligable de nuestra propia historia.

Muchas gracias.

## *Enseñar filosofía*

*Federico Camino Macedo*

Doctor Marcial Rubio, rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú; doctor Salomón Lerner, rector *emérito*; doctor Efraín González de Olarte, vicerrector académico; doctora Pepi Patrón, vicerrectora de investigación; doctor Miguel Giusti, jefe del Departamento de Humanidades; doctor René Ortiz, secretario general de la Universidad.

Señoras y señores:

Que mis primeras palabras sean de agradecimiento a las autoridades de la Universidad Católica por la distinción que se me otorga.

Agradezco las gentiles palabras del doctor Marcial Rubio. A la doctora Pepi Patrón, jefa en ese entonces del Departamento de Humanidades y al doctor Raúl Gutiérrez, coordinador de la Sección Filosofía del Departamento de Humanidades, quienes tuvieron la iniciativa de este nombramiento, a ellos mi más emocionado agradecimiento. A los profesores de la Sección Filosofía del Departamento de Humanidades que apoyaron esa iniciativa, les estoy muy agradecido.

Al Consejo Universitario que generosamente acogió la propuesta presentada por la doctora Pepi Patrón y al ingeniero Luis Guzmán Barrón, rector de la Universidad en ese momento, quiero manifestarles mi gratitud.

Al doctor Miguel Giusti, jefe del Departamento de Humanidades, que con tanto afecto se ha expresado de mí y que tuvo a su cargo la organización de esta ceremonia, un reconocimiento muy particular.

Al doctor Salomón Lerner mi más profundo agradecimiento por sus palabras de amistad y cariño. Es tanto lo que le debo que de poderse mencionar todo, siempre se omitiría algo.

Es una verdadera y permanente felicidad tener por oficio la propia pasión. Cuando eso sucede, el trabajo deja de ser una tortura, como su etimología lo indica, para convertirse en algo placentero y grato.

Placentero y muy gratificante ha sido para mí enseñar filosofía en la Universidad Católica por más de treinta y cinco años.

¿Cómo entender la filosofía y su enseñanza?

Heidegger, siguiendo a Nietzsche decía que la filosofía es la fiesta del pensar.

¿Qué significa eso? Reflexionemos libremente sobre los supuestos y alcances de esa afirmación.

¿Qué es una fiesta? Una ruptura con lo cotidiano, un corte en el tiempo de la vida corriente, un espacio que se abre a un orden diferente.

A la fiesta se asocia generalmente la alegría y el regocijo. En ella surge una distancia que hace que todo se viva de otra manera. Hay un cambio de actitud respecto al entorno y un cambio de perspectiva respecto al tiempo.

La fiesta, un paréntesis en la secuencia de los días, es una entrega absoluta y feliz a acontecimientos que se saben fuera de lo ordinario. La fiesta es plenitud, éxtasis, exuberancia y celebración.

Hay un estado de ánimo muy semejante al de la fiesta y que Platón y Aristóteles consideraban como el origen de la filosofía, el asombro.

¿Qué es el asombro?

Ocupado en vivir, el hombre solo puede estar atento a la solución de los inmediatos problemas de sobrevivencia, ajeno al abismo de su propia existencia y al misterio que lo rodea.

Su primera y ulterior preponderante vinculación al mundo, es necesariamente práctica. Inmerso, como está, en la urgencia de lo

cotidiano, sometido a sus tareas y preocupaciones, no puede ver el horizonte de su propia posibilidad y sentido.

Las grandes preguntas surgen cuando se ha logrado satisfacer las primarias necesidades del vivir y se dispone de tiempo libre, de ocio (escolé, de donde viene escuela, que debería entonces ser el lugar donde se administre el ocio). El ocio establece una distancia con lo cotidiano.

Sólo entonces puede el hombre mirar (theorein) verdaderamente el mundo y preguntarse por sus enigmas.

La fiesta y el asombro son dos rupturas con la trama de lo cotidiano. Una tercera será la filosofía.

Sabemos que la traducción de la palabra 'filosofía' es 'amor a la sabiduría'. Decir eso es no decir nada.

Nos dará mayores y mejores indicios de la naturaleza de la filosofía detenernos en lo que originariamente significa, pensada desde su proveniencia griega.

La fuerza de la filo-sofía como aspiración (philos) a un saber de realidades últimas se expresa en el eros (contenido en el philos de philosophia), el amor, que lo determina y que debe ser entendido, en este contexto, como el ejercicio pleno de la razón en su búsqueda de la verdad en la unidad de la comprensión.

Eros es tensión, dinamismo, apertura. Pensar el eros como amor en su sentido actual, es un anacronismo.

La palabra eros guarda, si no una vinculación etimológica, sí una vecindad fonética con el término griego erótesis, la pregunta, el acto de preguntar.

Toda pregunta implica un saber que no se sabe y un no saber que se sabe. Ya Platón enunciaba esta paradoja al afirmar que si sé no pregunto y si no sé tampoco, pues no sabría qué preguntar.

Y sin embargo preguntamos con palabras o en silencio, preguntamos a nuestro entorno, a los demás, a nosotros mismos, a lo cercano y a lo lejano. Preguntamos siempre.

Es en los interrogantes filosóficos que se expresa en toda su magnitud y libertad, la excelencia y limitaciones de la razón.

La estructura de la filosofía es la de la pregunta y del preguntar mismo. Ella quiere establecer la unidad del saber que se manifiesta en la unidad de la pregunta como espacio y la respuesta que lo ocupa.

De allí el carácter de símbolo de la filosofía. Symbolon, encuentro, articulación, confluencia, unidad de partes que se corresponden.

Es por eso que Platón en el diálogo Cratilo llama a la filosofía Iris; no sólo por su cercanía con eirein que significa hablar, sino porque, a semejanza del Arco Iris que une la tierra y el cielo, la filosofía apunta a la unidad de la comprensión y de lo comprendido.

A esa situación sin duda se refería Hegel cuando afirmaba que de la desaparición de la fuerza de unificación surgía la necesidad de la filosofía.

Ella quiere situar al hombre plenamente en el reino del saber; pero no de cualquier saber sino de aquel que, brotando de la razón tiene como fin la inteligibilidad del mundo, como un todo en su unidad significativa.

A diferencia de la ciencia, el saber filosófico no tiene que ver con parcelas o regiones de lo existente sino con lo existente en tanto tal como, decía Aristóteles.

La filosofía indaga por lo que sucede detrás de la ciencia, de sus supuestos así como por lo que se esconde en el manifestarse de nuestra propia existencia.

Kant resumía la aspiración de la filosofía en tres preguntas que expresan los intereses especulativos y prácticos de la razón: ¿qué puedo saber? ¿qué debo hacer? ¿qué me cabe esperar?

Para Leibniz y Heidegger la más originaria, la más profunda y la más vasta de todas las preguntas la formula la filosofía con lapidario laconismo, ¿por qué hay algo y no más bien nada?

La filosofía en tanto indagación que se da en la ruptura con lo cotidiano, plantea preguntas que siempre llegan tarde, cuando el mundo de alguna manera ha agotado su inmediatez. Eso puede explicar el proverbial y supuesto precario manejo que tiene el filósofo de las realidades del diario vivir.

Cuenta Platón que, absorto en sus reflexiones, Tales de Mileto cae en un pozo causando la burla de una esclava tracia. Por tratar de ver lo remoto, no ve lo que está a sus pies. La ventaja del filósofo, decía Hegel, es que puede caer en un pozo, en tanto que el hombre común ya está en él. Así habría que interpretar la alegoría de la caverna de Platón y la noción spinozista de la filosofía como medicina de la mente.

En la antigua Grecia, el Búho era la representación de la sabiduría, un animal de enormes ojos ciegos a la claridad del día pero penetrantes en la oscuridad de la noche. Así el filósofo desconfía de la luz del día y busca en la penumbra de la noche la auténtica luz de la verdad. Parménides hace dos milenios y medio ya lo afirmaba.

La filosofía quiere penetrar en el pliegue de las cosas y lograr que se despierte de la inocencia de lo cotidiano, de las sospechosas evidencias que nos rodean y de su gratuidad.

La filosofía entendida de esa manera es un extraordinario interrogar por lo extraordinario que se esconde en lo ordinario y casi banal de la existencia diaria.

Esa es la labor crítica de la filosofía. Krinein ceñir, separar, distinguir; traza así ella, un mapa de la realidad, en el sentido de un delimitar funciones y un asumir sus propios impases sin perder su aspiración a la unidad de la explicación. Debe decirse que es la razón misma la que descubre sus propios límites al mostrar que no todo en el

mundo se agota con ella y que hay amplios ámbitos de la realidad que escapan a su fuerza explicativa. Eso corresponderá entonces a dimensiones que no puedan ser entendidas racionalmente. En ese caso la fuerza de la razón radica en la determinación de sus propios alcances como lo expresa Descartes.

Puede entonces entenderse la filosofía como una brújula que orienta la búsqueda. Novalis decía que la filosofía no era sino nostalgia, un deseo apremiante de encontrarse en todas partes en casa.

Para que se comprenda mejor lo que quiero decir, podrá servir considerar como un juego lo que nos sucede en tanto existentes en el mundo.

La analogía juego-vida ha sido una constante en la historia de la filosofía desde Heráclito hasta Heidegger pasando por Nietzsche y Wittgenstein entre otros.

¿Cómo vincular las nociones de fiesta, asombro y filosofía con la idea del juego referido al mundo?

¿Qué es el juego? Es una acción libre en su adopción y mediada por reglas y con una finalidad establecida con anterioridad; generalmente implica ganadores y perdedores.

Hay que comprender que se trata aquí de la noción de juego no como lo opuesto a la seriedad, sino poseyendo su propia seriedad y urgencia. Hay que despojar el término de cualquier connotación peyorativa.

A diferencia de los juegos en la vida, el juego de la vida no admite abstenciones ya que se nos impone y no es posible escapar de él en tanto existentes. Todo juego tiene reglas, inclusive si una de ellas es no tenerlas.

Se trata de conocer las reglas del juego que debemos jugar y el sentido del juego mismo.

Las conoce en la medida de su convencimiento, quien posee por ejemplo una fe religiosa, una certidumbre política, el que participa de un firme sistema de creencias, el que acepta una jerarquía de valores. Es decir, quien es orientado en el mundo por un saber que generalmente no se cuestiona y que lo sitúa permanentemente en estrechas vinculaciones de fines y medios que son percibidos con claridad.

No es así en la filosofía. Ella es el esfuerzo por comprender desde la razón el significado del juego y de sus reglas, significado que se ignora. Nuestra existencia en el mundo está condicionada por reglas que ya encontramos dadas y que garantizan la convivencia social; pueden ir desde las reglas de tránsito hasta las normas del ordenamiento jurídico y de sus instrumentos de aplicación.

Sin embargo, en el amplio espectro de nuestro diario existir optamos, decidimos, omitimos o nos resignamos orientados por objetivos y finalidades que son la expresión de un gran juego cuyo sentido o poseemos o buscamos.

Ese juego no sólo involucra nuestra conducta sino también el conocimiento mediante el cual captamos la constitución de las cosas, su proceso de configuración y finalmente las cosas mismas; abarca lo que sucede a partir del conocimiento como tal. Es un querer saber a qué atenernos. Los griegos lo llamaban *theorein*, el mirar comprometido, palabra que también significa participar en una fiesta.

Condición de posibilidad de la filosofía es carecer de todo lo que no sea la fuerza de la libre indagación racional, del libre y radical preguntar por el significado del juego y de sus reglas.

Recurrir a dos nociones que en otro contexto utiliza Heidegger, ayudará a entender lo que la filosofía es.

En un curso dado en la Universidad de Friburgo en el semestre de invierno de 1928-1929, Heidegger para esclarecer las diferencias y similitudes entre una concepción del mundo (*Weltanschauung*) y la filosofía, emplea las palabras *Bergung* y *Haltung*, es decir, en

el primer caso, el estar protegido, defendido, cubierto, cobijado, y en el segundo caso, lo contrario, la desprotección, el desabrigo, el desvalimiento, el abandono.

Estamos protegidos cuando creencias y convicciones nos cubren, ubicándonos en un mundo al que le dan sentido. Aceptamos su legitimidad y nos sometemos a su imperativo. Fe, en su significado más vasto es la palabra que expresa esa situación. La razón también requiere una fe, una confianza, que se puede decir viene de ella misma como afirmación e impulso en la dirección de su búsqueda. Hay que señalar que cuestionar la fuerza de la razón no puede dejar de apelar a ella, a una razón que no sólo calcula sino que también medita.

En la situación de desprotegido se está falto de apoyo, abandonado a uno mismo, librado al desamparo.

Nietzsche en su escrito *Ecce Homo* escribe, “La filosofía tal como yo la he entendido y vivido hasta ahora, es vida voluntaria y libremente escogida en el hielo y en las altas montañas”. Es decir, filosofar, es vivir en la intemperie, sin asideros ni refugios y en la más absoluta soledad.

Es entonces que surge la filosofía como la búsqueda del significado de la vida. Puede decirse que esta situación es consecuencia ya de una postura del pensar frente al mundo.

Mientras se tenga en las espaldas una creencia, una fe que no brote de la fuerza de la razón, la filosofía o será superflua o estará lastrada desde sus inicios y no podrá ser la libre búsqueda del sentido de lo que nos sucede en tanto hombres.

Una filosofía enmarcada en una creencia no fundada en la razón sólo podrá preguntar por el qué y el cómo dentro de sus propios límites.

La filosofía no depende de nada que no sea ella misma y todo lo que pueda darle una dirección que no venga de ella, la desencamina, la desvirtúa y le hace perder su centro.

Heidegger escribe, “la filosofía sólo puede y tiene que entenderse y ser entendida a partir de la filosofía misma; sólo en el filosofar puede ser entendida la filosofía”. Ella no tiene adjetivos y no puede estar al servicio de nada que no sean sus propias exigencias de inteligibilidad. En eso radica su libertad, una de las características que Aristóteles le asignaba a la filosofía primera, lo que después se llamará Metafísica.

Es en el asombro radical ante un mundo hostil en su silencio que surgen las grandes preguntas de la filosofía. En ella la única autoridad es la razón y sus razones, que bajo un cielo sin dios y desprovista de la certeza de un absoluto, impulsado por su propia fuerza, busca responder a las preguntas que asedian a la condición humana.

La ruptura que implica con lo cotidiano es lo que hace de la filosofía la fiesta del pensar, cuyo juego no es otro que el de la razón afirmándose en su propia perplejidad interrogativa frente al juego de la vida, al asombroso espectáculo del mundo con todo su dolor y toda su alegría.

Sólo así puede explicarse su carácter siempre inacabado que finalmente termina convirtiéndose en su propio sentido y destino. En la filosofía todo puerto es provisional y punto de partida de travesías que, como decía Husserl, siempre recomienzan. Eso no significa, sin embargo, que en ella no haya respuestas. Las hay, pero éstas se abren necesariamente a nuevos interrogantes. Cada gran momento en la historia de la filosofía tiene su verdad, verdad que es asumida críticamente por los momentos que le siguen porque ellos pueden ver más allá del horizonte de cada verdad anterior. Eso puede constatarse en la manera en que la filosofía en su historia aborda el problema de Dios, del Dios de los filósofos no el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y de Jacob como decía Pascal.

En la filosofía no hay progreso. Con nuestras preguntas nos hacemos contemporáneos de los grandes filósofos si es que sabemos escucharlos.

Nietzsche nos recuerda que en la proximidad de un filósofo el aire es cortante y limpio y el suelo seco y duro.

Más que un saber la filosofía debe entenderse como búsqueda, como actitud, como un aprender a preguntar, como una peculiar apertura al mundo a través de una radical reorientación de la mirada.

¿Dónde están los problemas de la filosofía, dónde reposan sus preguntas y dónde se encuentran sus respuestas?

Siempre he creído que es en su historia. En la historia de la filosofía, entendida como desafío, reto y no como refugio, se encuentran formulados los grandes problemas que han obsesionado a Occidente desde hace veintiséis siglos.

La historicidad de la filosofía, la razón siempre situada en coyunturas precisas, la configuración de la verdad en el tiempo como quería Hegel, es lo que determina su enseñanza. Si los problemas de la filosofía están guardados en su historia, su enseñanza estará necesariamente referida a ella.

En los grandes textos de la filosofía se aprende a ver (theorein) los problemas fundamentales de la realidad como tal. Estos se expresan y adquieren allí formas que serán determinantes en la marcha del pensar.

Se trata de medir lo que queda cuando el universo se despoja de sentido y se retira dejando incertidumbre y duda. Puede decirse que la filosofía se alimenta de su propia orfandad.

El poeta Rilke escribe, "lo que en definitiva nos cobija es nuestro estar desamparados". Es la doble vertiente etimológica de la palabra 'problema' como protección y riesgo.

Un filosofar que no parta de su historia desconoce hasta qué punto su pensar está impregnado de filosofía; querer sorprender los problemas fuera de su contexto histórico, es querer navegar en un mar sin agua.

No se puede pensar en el vacío, con el entendimiento desprovisto de direcciones dadas, es decir, puro; creer que eso es posible es

desconocer el substrato mismo del pensar filosófico, lo que constituye su condición de posibilidad y que se pone en evidencia allí, cuando se creía estar en posesión de un pensar libre de supuestos.

Ir a las cosas mismas, es ir al asunto del pensar en su configuración histórica, o, dicho de otra manera, es regresar a los problemas después de haber pasado por el aprendizaje de su trayectoria. No otra cosa es la filosofía como un modo específico del pensar sobre asuntos que no se pueden soslayar pues ellos son lo que somos nosotros mismos.

Los problemas de la filosofía no están allí, desnudos para que los vistamos con el ropaje de nuestras respuestas. Ellos tienen, son una historia; poseen una densidad que nos llega ya en el lenguaje y en las diversas figuras que el tiempo les ha ido dando. Hay una especie de sedimentación de sentido que hace recurrentes las preguntas de la filosofía, dándoles un peso que no se debe ignorar.

No existe un reservorio de problemas en sí, que resultarían accesibles sin más. Creer eso es olvidar el espesor de los problemas de la filosofía. Ellos nos llegan marcados por nombres, épocas y circunstancias que hay que considerar. Obviamente, no se trata de filosofía de la filosofía sino de ver los problemas mismos desde la filosofía.

La filosofía puede convertirse en un cielo protector cuando se la malinterpreta; entendida rectamente, debe transmutarse, más bien, en lo que le dará cumplida forma a nuestro desconcierto.

La reflexión libre, propia y disciplinada sólo puede darse cuando somos conscientes de la proveniencia de nuestros propios interrogantes.

Es en pocos pero decisivos libros de los creadores de la filosofía que nos espera las motivaciones que alimentan nuestras inquietudes y dirigen nuestras indagaciones. Sin su estudio el pensar filosófico carecería de una arquitectura propia.

Esto no es desconocer la necesidad de un asombro inicial que se abra al espacio de nuestro desarraigo. Ese primer asombro hay que orientarlo para que no se pierda o disperse en erráticas excursiones, y hay que fomentarlo con la frecuentación de los textos cardinales de la filosofía.

Ha dicho Heidegger: “sólo filosofamos cuando entramos en diálogo con los grandes pensadores”, solamente así podremos finalmente encontrar nuestra propia voz.

Mi tarea como profesor ha sido la de invitar a que se descubra la actitud sin la cual la filosofía es solamente una asignatura académica. En el espacio abierto por esa actitud he tratado de darle cabida a la filosofía a través de la interpretación de algunos textos de su historia sin los cuales ella sería impensable.

He buscado transmitir la pasión y la seriedad con la que hay que acercarse a la filosofía para merecerla.

Que mis palabras finales sean, como las del inicio, de agradecimiento y rememoración.

Estoy en permanente deuda con la Universidad Católica por lo mucho que de ella he recibido.

Ahora, que en su horizonte han aparecido amenazantes nubes negras, es cuando con más energía se debe defender la libertad y el respeto a posiciones discrepantes que merezcan respeto, virtudes que hasta ahora han hecho, entre otras, su excelencia.

En ella encontré siempre aquello sin lo cual el pensar filosófico se desvirtúa y desnaturaliza y la universidad pierde su auténtica misión, ser un espacio de libre exposición, confortación y discusión de ideas.

Que los valores de nuestra Universidad prevalezcan a una sectaria, mediocre y pobre interpretación de ellos.

No se podría ser profesor sin alumnos; a los pasados y a los presentes un saludo de agradecimiento por lo mucho que de ellos he aprendido.

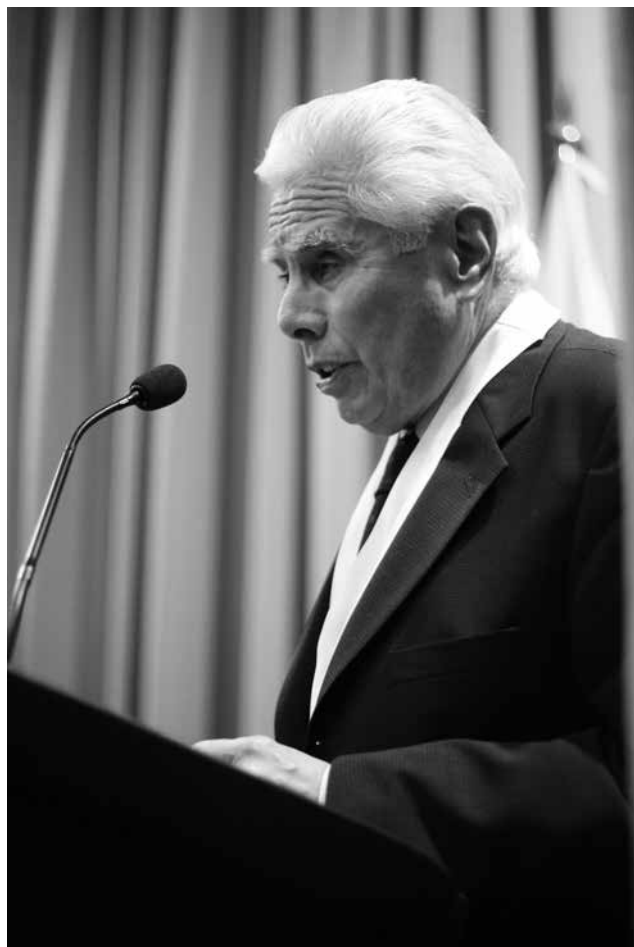
A todos ustedes quiero expresarles mi gratitud por su presencia, por compartir conmigo este grato momento.

Es sorprendente cómo el silencio de nuestros muertos puede acompañarnos. En ocasiones es casi tangible. Quiero evocarlos ahora, en este medio día que los hubiera llenado de felicidad, en especial a mis padres y a Cecilia.

Muchas gracias



En el Auditorio de Humanidades, el viernes 25 de marzo de 2010, los profesores (de izq. a der.) el **Dr. Miguel Giusti Hundskopf**, jefe del Departamento Académico de Humanidades; **Dr. Federico Camino Macedo**, profesor *emérito*; **Dr. Marcial Antonio Rubio Correa**, rector; **Dr. Salomón Lerner Febres**, rector *emérito*; y **Dr. René Ortiz Caballero**, secretario general de la Universidad. (Foto por Franz Krajcnik)







# Índice

<i>Presentación,</i> por Pepi Patrón Costa	5
<i>Federico Camino: un filósofo en el aislamiento,</i> por Miguel Giusti Hundskopf	11
<i>Al Maestro, al Amigo,</i> por Salomón Lerner Febres	15
<i>Enseñar filosofía,</i> por Federico Camino Macedo	24

# PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

## *Archivo de la Universidad*

*Beatriz Montoya Valenzuela*  
Archivera de la Universidad

*Dora Palomo Villanueva*  
Archivera

*Vanessa Veintemilla Minaya*  
*Soledad Acosta Mondragón*  
*Cynthia Llanos Ramírez*  
*Luis Sandoval Gómez*  
*Álvaro Quiñones Huapaya*  
*Amy Saravia Chávez*  
*Ysabel Morán Cavero*  
Archiveros

*Claudia Del Barco Cortez*  
*Lino Jesús Cieza Coronado*  
Alumnos colaboradores

*Marita Dextre Vitaliano*  
Administradora

*Javier Mendoza Suyo*  
Conservador

El número 53 de los Cuadernos del Archivo de la Universidad se terminó de editar en la imprenta RyF Publicaciones y Servicios S.A.C., Jr. Manuel Candamo 350, Lince, el 6 de octubre de 2010, natalicio del doctor Federico Camino Macedo. La edición consta de trescientos cincuenta ejemplares numerados.

